

desdichado Lotario, no recaigan en la Condesa ni aun las sospechas de los más maliciosos... Engañaremos al tirano mismo, al sutil Horacio.

- CORNEL.—Difícil será. (Sigilosa, acercándose á Bárbara.)  
 FILEM.—Parece que su pobre cuerpo goza de algún descanso...  
 CORNEL.—Duerme. ¡Venturoso sueño! (Vuelve junto á Filemón.)  
 BÁRB.—(A media voz, sin moverse ni abrir los ojos.) Arrulladme, adormecedme.  
 CORNEL.—(En voz muy baja.) La verdad quedará oculta.  
 FILEM.—Diremos, probaremos... que la Condesa vino á visitarnos por la tarde... y...  
 CORNEL.—¿Pero lo creerán?  
 FILEM.—Créanlo ó no, lo mismo da. ¿Quién osará, quién, acusar á la Condesa?  
 CORNEL.—Nadie. Resultará que el Conde ha muerto á manos de salteadores...  
 BÁRB.—(En sueños.) Venus, hermosa Venus, astro de la tarde... Espléndidas luces del Cisne...  
 CORNEL.—Sueña con las estrellas... Ya descansa.  
 FILEM.—¡Infame Lotario... todos te aborrecen! No habrá un solo siciliano que quiera esclarecer tu muerte con la luz de la pura justicia.  
 BÁRB.—(En sueños, con voz apagada.) Leonardo.  
 FILEM.—Nombra al capitán.  
 BÁRB.—(Moviéndose en el lecho, como á punto de despertar y con voz entonada, amorosa.) Leonardo.  
 CORNEL.—Le llama con voz amante.  
 BÁRB.—(Levantándose súbitamente, desfavorida, con fuerte voz y desconociendo el sitio en que se encuentra.) ¡Leonardo!

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

*Vestíbulo de la residencia del Intendente Horacio Maddaloni. Al fondo, cuatro columnas dóricas ó jónicas, restos de un templo griego, aprovechados en las nuevas construcciones. A la derecha, dos puertas: la de primer término conduce á la biblioteca, la otra á las oficinas. A la izquierda, segundo término, puerta que conduce á las habitaciones privadas de Horacio. Al fondo, fuera de las columnas, alguna estatua ó grupo, tripodes y monumentales vasos griegos. En todo se revela el buen gusto y las aficiones del dueño de la casa. El foro es un paisaje combinado de rocas y grupos de papiros. A derecha é izquierda del foro, paso para el exterior. Mesas y sillones de estilo Imperio. Suelo de mosaico. Es pleno día.*

### ESCENA PRIMERA

HORACIO, seguido de SILVIO, sale por la izquierda y va al encuentro de DEMETRIO, que llega por el foro derecha.

- HORACIO.—Sea bien venido el poderoso señor, Demetrio Paleólogo.  
 DEMETRIO.—¡Horacio Maddaloni! (dándole los brazos) ¿eres tú?... El demonio que te conozca.  
 HORAC.—Vuestro amigo de otros días...  
 DEMET.—¡Y que no has variado poco, por Cristo! (Mirándole bien.) Eras humilde, pobretón... y ahora...  
 HORAC.—Obra de mis años, de mis buenos servicios...  
 DEMET.—Te casaste, ¿verdad?  
 HORAC.—Casado soy... y feliz.  
 DEMET.—Bien, Horacio, bien. (Observando el edificio.) Vives en grande... ¡Qué transformación!... Todo es nuevo para mí en Siracusa, después de quince años de ausencia.  
 HORAC.—¿Y habéis tenido un viaje feliz?

DEMET.—Así, así... La mar brava, como á mí me gusta... ¿Podré marchar pronto á Palermo?

HORAC.—(Á Silvio.) ¿Has dispuesto el viaje?

SILVIO.—Todo á punto, señor.

HORAC.—El Rey quiere que partáis sin demora.

SILVIO.—¿Comerá el señor antes de partir?

DEMET.—No me opongo: hay que mirar por la vida.

HORAC.—(Presentando á Silvio.) Mi sobrino y secretario el abate Silvio, teólogo, políglota, poeta... Sus buenas prendas y mi protección le llevarán pronto á un principado de la Iglesia...

DEMET.—Adelante, hijo, y por San Nicéforo, no te quedes corto.

HORAC.—Que dispongan la comida en la sala de Hércules.

SILVIO.—Al instante. (Vase Silvio por la derecha.)

## ESCENA II

HORACIO, DEMETRIO: se sientan ambos.

DEMETRIO.—No me canso de mirarte... de admirarte. ¿Con que... el aventurero de aquellos días de revueltas y libertinaje es hoy nada menos que el árbitro de la justicia en Siracusa?

HORACIO.—Así lo ha querido nuestro augusto Rey Fernando IV, hoy Fernando I de Sicilia.

DEMET.—La Intendencia que gobiernas abraza dos valles...

HORAC.—Tres: Siracusa, Notto y Catania. Su Majestad me ha confiado la parte más díscola de su pequeño reino.

DEMET.—(Riendo.) ¡Y el revolucionario de ayer, el discípulo de los jacobinos franceses, hoy!... Déjame que me ría.

HORAC.—Es el tiempo, señor, que del sedimento de las revoluciones hace las tiranías.

DEMET.—Tiranuelo eres... y como tiranuelo, curioso... Vamos: rabiando estás por saber á qué vengo yo á Sicilia.

HORAC.—Venís á traer al Rey los auxilios de dinero que, para sostener la guerra, le ofrecen los sicilianos que habitan en Egipto y en Asia Menor.

DEMET.—Vengo á eso... pero no á eso sólo. Rabia: no lo aciertas.

HORAC.—Venís á recoger la parte que os toque en la herencia de vuestro desgraciado hermano Lotario, Conde de Términi.

DEMET.—Rabia, rabia. La herencia de mi hermano me interesa poco.

HORAC.—Nada supone para vos: sois riquísimo... Venís tal vez á reiterar las indagaciones, á perseguir... el descubrimiento de los matadores de Lotario.

DEMET.—Doy por válida y concluyente la versión de que pereció á manos de ladrones. Calabria los cría y Sicilia los junta.

HORAC.—Es cierto.

DEMET.—Dime otra cosa: ¿amabas tú á mi hermano?

HORAC.—Permitidme, señor, que no os oculte la verdad. Nadie le amaba en Siracusa.

DEMET.—Su carácter duro y sus modos brutales no ganaban los corazones. Era, como yo, áspero, poco sufrido, despótico.

HORAC.—Os rebajáis, señor. Sois demasiado modesto.

DEMET.—(Altanero.) ¿Modesto yo? ¡Mala peste con la modestia!...

(Fosco y tenaz.) Soy siempre el mismo: eternamente joven, eternamente bárbaro y eternamente insaciable en mis apetitos.

HORAC.—Para satisfacerlos, contaréis con Dios, con la Providencia...

DEMET.—Eso sí. (Transición á la santurronería.) ¡La protección divina!...

(A media voz, sacando del pecho unas medallas, pendientes de una cadena.) Concédanme su favor los benditos San Isaac y San Nicéforo, y la Madona de Sítza. (Besa las medallas, mascullando un rezo.)

HORAC.—(Esperando á que acabe el rezo.) Sois religioso.

DEMET.—(Guardando las medallas.) Son religiosos los que nada poseen y los que tienen mucho que perder.

HORAC.—(Avivada su curiosidad.) Pues sed también sincero, y decidme á qué venís á Siracusa á más de...

DEMET.—Dime tú antes: ¿la aplicación de la justicia un día y otro, no te hace desgraciado?

HORAC.—Señor, la justicia tiene sus encantos. Os diré más: la justicia es un arte...

DEMET.—¡Un arte! (Escandalizado.) ¡Oh!

HORAC.—No me refiero á la justicia perfecta, ideal, que no existe más que en el Cielo. La de la tierra es de pura relación, y nunca puede ser un acto de estricta conciencia.

DEMET.—Ya...

HORAC.—Actúa con mil trabas, anda siempre del brazo de la oportunidad, del interés del mayor número; se apoya también en sentimientos tan nobles como la amistad; en la belleza misma, en el buen gusto...

DEMET.—(Comprendiendo.) ¡Ah, truhán! Ahora recuerdo que eres artista. Antes coleccionabas pucheros, medallas y monedas, calameos baratos...

- HORAC.**—Hoy poseo estatuas griegas de primer orden, esmaltes bizantinos, magníficas armas... El arte es mi pasión.
- DEMET.**—(Sentándose.) Bien, Horacio: ya voy entendiendo tu arte de la justicia, y por dónde se te ha de coger. Tu corrupción es bella. No eres un gobernante vulgar.
- HORAC.**—Creo lo mismo.
- DEMET.**—¿Me darás lealmente los informes que voy á pedirte?
- HORAC.**—(Sentándose junto á él.) Preguntad, señor.
- DEMET.**—Has dicho que nadie amaba á mi hermano.
- HORAC.**—Nadie le ha llorado.
- DEMET.**—No dirás eso por su mujer, que, según pública voz, está inconsolable...
- HORAC.**—Transcurridos los meses de luto, la pobre Condesa continúa en su vida solitaria, melancólica. Aunque no tenía motivos para amar á su esposo, ha sentido su muerte; le ha llorado y le llora.
- DEMET.**—Bárbara es buena... al menos como tal me la figuro yo.
- HORAC.**—Remedo fiel de la divina Penélope, que personifica la fe conyugal.
- DEMET.**—(Con bárbara ingenuidad, que le hace parecer infantil.) Así lo creo. Figúrate mi indignación, cuando llegaron á mis oídos los infames rumores...
- HORAC.**—(Curioso.) ¿Qué... qué decían por allá?
- DEMET.**—En Esmirna, hallándome de estación con mi caravana, un siciliano vil se atrevió á decirme que Bárbara había pagado un asesino...
- HORAC.**—(Con fingido espanto.) ¡Para dar muerte á su esposo! ¡Qué villana impostura!
- DEMET.**—¡Virgen de Sitza, no sé lo que me pasó al oírlo!... Me cegué...
- HORAC.**—Le arrancaríais la lengua...
- DEMET.**—No quise entretenerme. Fué más expedito cortarle la cabeza.
- HORAC.**—Muy bien.
- DEMET.**—(Resolviéndose á una confidencia importante, que le cuesta trabajo.) En fin, Horacio... ya no quiero hacerte rabiar más. (Con timidez de hombre salvaje.) Ello es que... no sé cómo decírtelo.
- HORAC.**—Señor, ¿me permitís que me adelante? ¿No os incomodáis si adivino vuestro pensamiento?
- DEMET.**—¡Con mil demonios, no me incomodo!... Al contrario.
- HORAC.**—Mi arte es general, y de la justicia se extiende á todo el rei-

- no de las pasiones humanas. En cuanto hablásteis de la viuda de vuestro hermano, comprendí que os gusta, que...
- DEMET.**—No la he visto desde que era niña. No sé si ella se acuerda de mí: yo nunca he podido olvidarla... Corrieron los años. Cuando supe que se casaba con Lotario, la envidia entró en mí. Lléveme el diablo si oculto la verdad... Una envidia sorda, roedora... polilla que me iba taladrando el corazón. Por no volver á Sicilia, por no ver á Lotario casado con esa divina hembra, me metí más en los trajines del comercio, y extendí mis expediciones al Oriente remoto, á la Persia, al Afghanistan, á la India... Al saber la muerte de Lotario á manos de bandidos, en mi corazón se daban de cachetes... así, así, dos sentimientos bien distintos, como el día y la noche... la pena por mi hermano muerto, la alegría de ver á Bárbara libre... Esta es la humanidad.
- HORAC.**—Así es: la presentáis en todo el esplendor de su bella desnudez.
- DEMET.**—En Corfú, los días últimos, no me hartaba de contemplar el magnífico retrato de Bárbara, vestida á la griega antigua, que posee mi tía la Condesa Cataldi.
- HORAC.**—A la hermosura que habéis contemplado en efigie, supera la realidad como el sol á la luna.
- DEMET.**—(Con gran viveza, apretándole el brazo.) Bien, Horacio: ya que ahora no puedo verla, por estas condenadas prisas de mi viaje á Palermo, quiero que tú...
- UN CRIADO.**—(En la puerta de la izquierda.) El señor tiene dispuesta la comida.
- DEMET.**—(Levántase.) Voy. (Oyese rumor de voces en el foro.)
- HORAC.**—¿Qué voces son esas? (Dirigese hacia el fondo.)
- DEMET.**—(Para sí, perplejo.) ¿Qué me llama con más fuerza, la que-  
rencia de entenderme con Horacio, ó el hambre? (Después de una corta vacilación.) Comeré. (Da algunos pasos hacia la izquierda.)

### ESCENA III

HORACIO, DEMETRIO; SILVIO por el foro derecha.

- SILVIO.**—Señor, los Padres Franciscanos solicitan veros.
- HORAC.**—(Contrariado.) ¿Otra vez el pordioso de esos insufribles cogullas?

DEMET. — (Parándose.) ¿Qué piden?

SILVIO. — Se les acabaron los recursos, y se les han vaciado las despensas. Pretenden que les deis pan y legumbres para la semana.

HORAC. — (Iracundo.) No puedo... no hay fondos.

DEMET. — (Retrocediendo.) Ea, por San Isaac, no chilles tanto. Yo les doy víveres para tres meses.

HORAC. — Ilustre señor, sois la Providencia de estos infelices mendicantes... Comed tranquilo. Ya os habéis ganado vuestro pan de cada día.

DEMET. — ¡Sí que me lo he ganado, sí, por Cristo...! (Vase mascullando un rezo.)

SILVIO. — También os pide audiencia el capitán Leonardo de Acuña.

HORAC. — (Con súbito interés.) ¡El español! ¿Ha venido con los frailes?

SILVIO. — Con ellos viene el que con ellos vive. Recíbidle, hablad con él, y confirmaréis lo que os he dicho.

HORAC. — ¡Oh, sí! Tengo su visita por muy interesante. ¿Has hablado con él?

SILVIO. — Dos palabras no más. Ya sabéis que es poco comunicativo. Por lo que he podido entender, esta visita es para deciros que abandona el servicio de Su Majestad.

HORAC. — ¿Es indolencia... ó es locura?

SILVIO. — Atacado está, según dicen, de locura mística. ¿Le mando pasar?

HORAC. — Sí, que pase al instante. (Vase Silvio. Queda Horacio meditando.) Capitán Acuña, ¿qué significa esa determinación? Lo que sea necesito saberlo sin demora.

#### ESCENA IV

HORACIO, LEONARDO; después SILVIO, MONTANARI y ESOPÓ. Entra Leonardo por el foro derecha, de uniforme. Saluda cortésmente. Espera que se le mande pasar.

HORAC. — Adelante, señor Capitán: tanta honra como placer recibo de vuestra visita. Sabed que accedí, con creces, á las peticiones de esos buenos religiosos, por vos, antes que por ellos. Son

vuestros amigos; os han dado asilo. ¿Qué mejor motivo para que yo, en nombre de Dios, les ampare?

LEONARDO. — Señor Intendente de los tres valles, me honráis mucho más de lo que merece este pobre soldado.

HORAC. — Por vuestro noble comportamiento en la guerra y en las difíciles comisiones que habéis desempeñado, digno sois de todos los homenajes.

LEONARDO. — (Inclinándose.) Señor...

HORAC. — Y en nombre del Rey os doy expresivos parabienes. (Inclinase de nuevo Leonardo.) Y satisfecha la cortesía, ahora entra la severidad. ¿Es cierto lo que oí...? ¿que dejáis el Real servicio?

LEONARDO. — A eso vengo, señor: á suplicaros que transmitáis á Su Majestad mi resolución de abandonar la vida militar.

HORAC. — Al Rey os liga un sagrado juramento.

LEONARDO. — El plazo de mi compromiso con el Rey de Sicilia ha espirado ya. Desde ayer soy libre.

HORAC. — (Severo.) Está bien... Decidme: ¿desde que volvéis de Albania os encerrásteis en los Franciscanos?

LEONARDO. — Sí, señor.

HORAC. — La vida claustral, sombría y tediosa, pugna ciertamente con la libre alegría militar.

LEONARDO. — (Con calma y tristeza en toda la escena.) Desconozco, señor Intendente: esa libre alegría.

HORAC. — ¿Habéis tenido algún disgusto grave antes ó después de vuestro viaje á la costa de Albania?

LEONARDO. — La vida humana, bien lo sabéis, no es un tejido de venturas.

HORAC. — Muy extraño me parece que en todo este tiempo no se os haya visto en Siracusa por parte alguna.

LEONARDO. — Anhelaba la quietud, el silencio.

HORAC. — Y en esa soledad lúgubre, habéis madurado el propósito de cambiar de vida.

LEONARDO. — Sí, señor.

HORAC. — Permitidme que sea indiscreto... que penetre atrevidamente en vuestro interior... (Mirándole fijamente.) Veo, Capitán, veo... una conciencia turbada.

LEONARDO. — Tal vez.

HORAC. — Y relaciono ese estado particular de conciencia con la exaltación que, según me han dicho, padecéis... Me figuró que os aferráis demasiado al rigor de los principios. Esto no es prác-

tico, caballero Acuña. Conviene huir de las abstracciones; conviene que nos acomodemos á la realidad...

LEONARDO.—Así lo hago yo. No hay realidad para mí fuera de los dos sentimientos esenciales: el Honor, la Fe.

HORAC.—Sí: muy santo, muy bueno; pero...

LEONARDO.—(Vivamente.) Fe y Honor fueron siempre la inquebrantable ley de mi familia. Yo no hago traición á mi nombre ni á mi raza. (Conteniéndose.) Perdonadme... os importuno... Si queréis, os explicaré los motivos de mi renuncia...

HORAC.—No es ocasión. Ya hablaremos despacio. Entre tanto, aceptaré vuestra renuncia *sub conditione*. Pero he de reteneros mientras no sepa que el Rey se digna daros licencia. Comprenderéis que es forzoso emplear ciertas formalidades.

LEONARDO.—Me someto gustoso á cuantas formalidades estiméis necesarias.

HORAC.—Extenderéis vuestra renuncia alegando los motivos... Si no tenéis prisa, me permitiré rogaros que aguardéis á que yo despache asuntos más perentorios. (Entran Montanari, con papeles de un proceso, Silvio y Esopo.)

LEONARDO.—Estoy á vuestras órdenes.

HORAC.—Dignaos pasar á la biblioteca. Mis libros, mis colecciones artísticas y numismáticas, harán más breve el rato que os tenga de espera.

LEONARDO.—Gracias, señor.

HORAC.—Acompáñale, Silvio, y vuelve aquí. (Saluda Horacio; Leonardo se va con Silvio por la derecha, primer término.)

## ESCENA V

HORACIO, MONTANARI, ESOP; después SILVIO, DEMETRIO.

MONTANARI.—(Dirigiéndose á Horacio.) Esta causa...

HORACIO.—Aguarda. (Permanece frente á la puerta, siguiendo los pasos á Leonardo y Silvio.)

MONTAN.—(Retrocediendo al fondo.) Esopo, ¿ocurre alguna novedad?

ESOP.—Los Padrotes han vuelto al convento; el Capitán no.

MONTAN.—Si no vuelve, mejor para tí.

ESOP.—(Displicente.) Es muy aburrido vigilar frailes.

MONTAN.—De mejor gana vigilarías á las monjas, ¿eh?

ESOP.—Ni monjas ni frailes divierten al hombre solitario.

MONTAN.—Sobre todo, desde que se les han secado las bodegas.

HORAC.—(Á Silvio, que vuelve por la derecha.) ¿Ha dicho algo?

SILVIO.—Ni una palabra. Con vago mirar examina las colecciones.

HORAC.—(Acercándose á Esopo y Montanari.) ¿Quién de vosotros afirmó que Bárbara no le ha visto en los Franciscanos?

MONTAN.—Yo dije que le ha visto de lejos, en el coro, en los Oficios.

ESOP.—Y le miraba como miran las beatas al santo que adoran en la cornisa.

HORAC.—¿Aseguráis que no se han visto de cerca, que no se han hablado?

ESOP.—El lego Sempronio, encargado allí de espantar á las mujeres, me ha dicho que la Condesa quiso entrar...

MONTAN.—Pero es evidente, lo sé, que el Prior no le dió permiso.

HORAC.—Está bien.

SILVIO.—¿Queréis que vuelva yo á la biblioteca? Procuraré entablar conversación.

HORAC.—No es preciso. Dejémosle... Fijaos en mis órdenes. (Da las órdenes en voz baja.)

DEMETRIO.—(En la puerta de la izquierda, mascullando una fruta del postre.) ¿Se han ido ya esos reverendos moscones? ¡Peste del mundo! Acosado por ellos vengo desde Palestina.

MONTAN.—(Aparte á Horacio.) ¿Nada más?

HORAC.—Nada más. Sacas del archivo la causa del Conde Lotario... y... (A Silvio y Esopo.) Vosotros, ya sabéis... (A un signo de Horacio se retiran los tres.)

## ESCENA VI

HORACIO, DEMETRIO.

DEMET.—¿Has concluído?

HORAC.—Perdonadme, señor. Daba las órdenes para que se anuncie á los Franciscanos vuestra limosna. Estáis empeñado en una empresa espiritual... No es prudente menospreciar las influencias de los de arriba...

DEMET.—(Meditabundo.) El Cielo... lo espiritual... mujeres piadosas... frailes que rezan. (Vivamente.) Horacio, aumenta la li-

- mosna. Dales sustento para seis meses... Y ahora, solos otra vez, ¿podremos seguir tratando del negocio mío?
- HORAC.—Abordémoslo, señor, con toda claridad. (Permanece en pie.) Amáis á la viuda de Lotario y queréis hacerla vuestra esposa.
- DEMET.—Tú lo has dicho.
- HORAC.—¿Y cuál es vuestro plan?
- DEMET.—¿Mi plan? Ninguno. Todo lo harán mis santos tutelares y tú.
- HORAC.—Pero...
- DEMET.—(Vivamente, con autoridad ejecutiva.) Horacio Maddaloni, cuando yo vuelva de Palermo, todo debe encontrarse resuelto y concluído. Quiero que á mi regreso sepa Bárbara mi adoración de su persona; que sus vacilaciones, si las hubiere, estén reducidas á un decidido consentimiento, y no te digo más.
- HORAC.—Bien, señor. Ya sabe la Condesa que sois muy rico.
- DEMET.—Mucho más que lo fué mi hermano.
- HORAC.—Monopolizáis el tráfico de granos...
- DEMET.—Monopolio de granos, de pieles, de telas y drogas de Oriente, y de... (Mete la mano en el pecho y saca unas bolsitas que abre.) Espérate un poco... ¿Entiendes de perlas?
- HORAC.—Entiendo y colecciono. Poseo algunas muy lindas.
- DEMET.—(Muestra un hilo de gruesas perlas, suspendido de sus dedos.) ¿A que no son como las mías?... Observa esa igualdad, ese oriente.
- HORAC.—Esto es un sueño, señor. Lleváis aquí una millonada.
- DEMET.—(Sacando gruesas perlas.) Vaya, truchimán: escoge una pareja, y de ahí no pases.
- HORAC.—(Examinando las perlas.) Señor, si vuestra generosidad no pone límites á mi buen gusto...
- DEMET.—Aprovéchate... ¡Cuándo te verás en otra!...
- HORAC.—Pues tomo... éstas. (Las toma.)
- DEMET.—(Coge vivamente la mano de Horacio para mirar lo que ha elegido.) A ver... á ver. ¡Ah! perro, me has quitado dos pedazos del alma.
- HORAC.—Vos me las dais... No quito nada.
- DEMET.—A fe que no eres tonto.
- HORAC.—Ya lo sabíais, señor.
- DEMET.—Tengo más, mucho más de lo que has visto: diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros... (Guarda las bolsitas.)
- HORAC.—Ya veo, ya veo el deslumbrador camino para llegar al corazón de la viuda. Señor, poned en mis manos este negocio, y...

- DEMET.—¿Lo arreglarás conforme á mi deseo?
- HORAC.—Dadme libertad y tiempo...
- DEMET.—¿Y dándote libertad, plenos poderes y tiempo...?
- HORAC.—Bárbara será vuestra.
- DEMET.—Bien. Pero este servicio... Hablemos claro... no será gratuito.
- HORAC.—Naturalmente. Habrá que buscar cierta armonía entre vuestra opulencia y la enorme dificultad de la empresa que acometeré por vos.
- DEMET.—(Comprendiendo.) Ya, ya... He de tratarte á lo comerciante. Así me gusta á mí. (Suenan una campana lejana. El sonido trae á la mente de Horacio una idea.)
- HORAC.—¿Queréis ver á la Condesa?
- DEMET.—(Turbado, con gran desasosiego.) ¿Cuándo... dónde?
- HORAC.—La veréis, sin que ella os vea.
- DEMET.—(Inquieto y medroso.) Aun así, temo que he de turbarme. Mi tosquedad, mi barbarie, me hacen tímido. ¿Y dónde, dónde?
- HORAC.—Todas las tardes va á los Franciscanos.
- DEMET.—(Señalando por la derecha.) Que están ahí.
- HORAC.—Sale de Castel-Términi apenas suena el esquílon...
- DEMET.—Ya ha sonado, ya... (Vuelve á sonar la campana.) Sale de Castel-Términi...
- HORAC.—Por aquí la veo pasar siempre. (Mirando al fondo.) Aún no viene. Sería lástima que hoy faltase...
- DEMET.—(Mirando también.) No la veo...
- HORAC.—Aguardaremos.
- DEMET.—Sí, y en tanto... (Muy inquieto y nervioso.) Por la Madona de Sitza, dime pronto tus condiciones... (Vivamente.) ¿Quieres estatuas, pinturas, camafeos, armas...?
- HORAC.—En Rodas, lo sé, comprásteis por poco dinero una estatua mutilada.
- DEMET.—¡Ah! sí... Dicen que es Diana en el baño.
- HORAC.—¡Un torso espléndido... admirable expresión de pudor...!
- DEMET.—¡Pero si no tiene cabeza!
- HORAC.—No importa: por el dibujo que he visto, parece obra de Praxiteles.
- DEMET.—Te advierto que tampoco tiene manos. En Corfú la dejé, arribada con otros pedazos de mármol... Y ahora que me acuerdo... También le faltan los pies.
- HORAC.—Pues manca y coja y acéfala, esa figura será para mí.

DEMET.—Para tí... Y que la Madona de Sitza aumente tus colecciones.

HORAC.—*Amén.* También poseéis una Venus *Callipige*.

DEMET.—(En la actitud de una mujer que se levanta la falda mirando hacia atrás.) ¿Una que está así?

HORAC.—Es linda, picante. La tengo por obra de Scopas.

DEMET.—Del mismo diablo será. A mí esas bellezas de piedra no me dicen nada. Si no supiera que valen dinero, las cambiaría por cualquier aldeana viva, aunque fuera mal formada, bizca y con el aliento... impuro. En fin, tuya es la Venus.

HORAC.—(Que ha mirado por el fondo.) ¡Ah! ya viene.

DEMET.—(Con nervioso estremecimiento.) ¡Bárbara!

HORAC.—(Señalando al foro izquierda.) Miradla... allí.

DEMET.—¿Dónde, cuerno de Satanás?

HORAC.—Más allá... cerca del Calvario, junto á un grupo muy alto de papiros.

DEMET.—(Con espasmo de admiración.) ¡Oh, señora mía! ¡Cuánta nobleza en vuestra persona! ¡Qué andar majestuoso!

HORAC.—Bárbara es un ángel desterrado del Cielo.

DEMET.—(Vivamente.) ¡Pues que no vuelva, no!... al Cielo, no... Y perdone la Madona de Sitza. (Se persigna y murmura una oración.)

HORAC.—Sosegaos, señor. La angelical dama será vuestra.

DEMET.—Mía será. ¿Cerramos trato?

HORAC.—Cerramos trato. Basta por una parte y otra la palabra honrada. (Se dan las manos.)

DEMET.—Valga la palabra como escritura. Y si faltaras á tu compromiso, ¡ay de tí, artista de la justicia y gobernador de las pasiones! (Le aprieta la mano.) Si me burlas, encomiéndate á Dios, encomiéndate al Diablo. (Apretando más, le sacude la mano. Horacio protesta.)

HORAC.—¡Ay, ay! (Dolorido.) Soltad, por Cristo. Me lastimáis.

DEMET.—Para que te quede memoria de mí, de nuestro convenio. Lo dicho, dicho.

HORAC.—Y hecho.

DEMET.—Vuelo á Palermo... veo al Rey... vuelo después hacia acá. (Entra Filemón por el foro, y se desliza por la izquierda sin que le vean.)

HORAC.—Adiós; os acompañaré hasta que montéis á caballo. La Fortuna es vuestra.

DEMET.—Mía siempre: oro, fuerza, valimiento...

HORAC.—Todo lo humano.

DEMET.—(A gritos.) No me basta. Quiero también lo divino: ¡Bárbara!

(Vase por el foro derecha seguido de Horacio.)

## ESCENA VII

SILVIO, FILEMÓN; después HORACIO.

FILEM.—(Con gran curiosidad.) Ese bruto... ¿es Demetrio Paleólogo?

SILVIO.—Hablad con más respeto.

FILEM.—Por Cástor y Pollux, ¿sabes á qué viene?

SILVIO.—Antes decidme vos qué buscáis aquí.

FILEM.—(Turbado, dudando.) Pues... querido abate... venía... vengo...

SILVIO.—Hace un rato íbais con la Condesa hacia los Franciscanos.

FILEM.—Sí.

SILVIO.—Y perdisteis el viaje.

FILEM.—No lo niego.

SILVIO.—Os dijeron que el interesante caballero...

FILEM.—(Vivamente.) Está aquí. ¿Ha venido el Capitán por su propio impulso, ó es que...? ¿Le ha llamado el Intendente? (Entra Horacio.)

SILVIO.—No sé. Mi señor y jefe os lo dirá.

FILEM.—(Saludando á Horacio.) Señor ilustrísimo...

HORAC.—Tranquilícese mi buen anticuario... Ya he visto que vuelve tu señora. (Señalando el fondo izquierda.)

FILEM.—Desolada.

HORAC.—Corre á calmar su desasosiego. Dile que en mi casa puede ver al Capitán...

FILEM.—Volaré á su encuentro. ¡Pues no agradecerá poco...! (Vase presuroso por el foro.)

SILVIO.—¿De veras consentís que aquí...?

HORAC.—¿Por qué no? (Con misterio.) Para fines de justicia, de supremo arte de justicia: tú no comprenderás esto, pobre Silvio... Necesito saber si, en efecto, la excelsa señora arde en amoroso fuego...

SILVIO.—¿Y aquí la observaréis?

HORAC.—Yo no: tú. Mientras hablan el caballero español y la Condesa, tú entretienes con pláticas amenas á la esposa de Filemón. No seas huraño, hijo, y haz un discreto hermanaje de la galantería y la religión.

SILVIO.—Ya, ya... La señora Cornelia es mujer lozana...  
 HORAC.—Te la llevas á dar una vuelta por el jardín y las rocas már-  
 móreas... y desde allí observas con ojos de lince y oído sutil...  
 SILVIO.—Ya vienen.

### ESCENA VIII

Los mismos.—BÁRBARA, CORNELIA y FILEMÓN.

FILEM.—(A Bárbara, que viene presurosa, inquieta.) ¿No lo crees? Pues aquí tienes á nuestro poderoso amigo...  
 BÁRB.—¡Horacio!  
 HORAC.—(Con gran reverencia.) Gran señora, celebro con el alma esta nueva ocasión de rendiros todos mis homenajes.  
 BÁRB.—(Que aún permanece inquieta.) ¡Oh!... buen Horacio, sabes corresponder á los beneficios que recibiste de mi padre y de mí.  
 HORAC.—(Con mayor rendimiento.) No necesito ofreceros una vez más mi persona y mi valimiento.  
 BÁRB.—(Melancólica.) Gracias. Mi tristeza me mueve á la gratitud más que me movería la felicidad si la tuviera.  
 HORAC.—(Cariñoso, llevándola aparte para hablarle á solas.) ¿Por qué no confiáis á vuestro leal amigo las penas que os amargan?  
 BÁRB.—No gusto de acercarme á los poderosos.  
 HORAC.—Si me hubiérais dicho: «Horacio, quiero esto... deseo hablar con una persona que...» yo, creedme, os habría franqueado la puerta de los Franciscanos.  
 BÁRB.—(Con emoción.) ¡Oh, gracias! ¿Con que tú...?  
 HORAC.—Sí: una eventualidad favorable me permite facilitaros la entrevista que deseáis.  
 BÁRB.—Gracias otra vez y mil, Horacio. Vivo en mortales dudas... Quiero verle para saber... Perdona que no entre en más explicaciones...  
 HORAC.—Ni yo las necesito. Apremia el tiempo, señora. Permitid ahora que me retire.  
 BÁRB.—(Pasando junto á Cornelia, gozosa.) ¡Cornelia, al fin...!  
 HORAC.—(Cogiendo del brazo á Filemón.) Si el primer helenólogo de Sicilia quiere ver mis últimas adquisiciones... (Coge del brazo á Filemón y se le lleva por la derecha.)

### ESCENA IX

BÁRBARA, CORNELIA, SILVIO, LEONARDO.

SILVIO.—(A Cornelia, con urbanidad refinada, cultista.) Más sonoros que los murmullos de vuestra modestia, señora, son los gritos de la Fama pregonando vuestro saber.  
 CORNEL.—(Con extremos de modestia.) ¡Oh!...  
 SILVIO.—¿Conocéis mi disertación sobre la abstinencia de los goces, ilustrada con lugares de San Gregorio Nacianceno, de San Hilario y de los profanos Filón y Aristóteles?  
 CORNEL.—La he leído, y me habéis parecido más fuerte en la erudición que en la doctrina.  
 BÁRB.—Señor abate, decidme: ¿esperaré aquí mucho tiempo?  
 SILVIO.—No, señora mía. (Le señala la puerta de la derecha.) Mirad á esa puerta, que es el Oriente por donde aparecerá el sol que anheláis.  
 BÁRB.—Por ahí... (Fija los ojos en la puerta.)  
 CORNEL.—(Completando su juicio.) Prodigáis las citas; bien se os pueden aplicar las palabras de San Pablo: *Græcis ac barbaris, sapientibus et insipientibus debitor sum*.  
 SILVIO.—(Modesto y galante.) Acato y agradezco vuestro sabio dictamen.  
 BÁRB.—(En expectación ansiosa, clavados los ojos en la puerta.) ¡Por allí...! Días pasados desde que no le veo, ¿cuántos sois? Ya mi memoria no sabe contaros... No veo nada... ¡Oh, sí! Alguien viene. (Pausa. Medrosa se acerca más á la puerta. Aparece Leonardo y se detiene en el umbral. Ambos se miran perplejos, silenciosos. Silvio y Cornelia se alejan hacia el foro.) ¡Leonardo!  
 LEONARDO.—(Inmóvil, como deslumbrado.) ¡Visión celesté!  
 BÁRB.—¡Al fin...! (Corriendo hacia él con arranque amoroso.)  
 LEONARDO.—(Avanzando.) Dios lo quiere. (Se abrazan, permaneciendo mudos, vencidos de la emoción.)  
 SILVIO.—(En el fondo.) Respetable y lozana señora: si gustáis de contemplar los restos de la antigüedad pagana...  
 CORNEL.—El gentilismo no es de mi devoción. Enseñadme monumentos cristianos, la tumba de algún mártir...  
 SILVIO.—Por aquí. (Se alejan; desaparecen por el foro.)

## ESCENA X

BÁRBARA, LEONARDO.

- BÁRB. — ¡Suprema dicha después de agonía tan larga!
- LEONARDO. — Verte es el bien; verte es la luz, el Cielo... (Se sientan frente á frente.)
- BÁRB. — Ingrato, ingrato... ¿Por qué desde tu regreso de Albania has permanecido oculto en el convento?... ¿Por qué evitabas verme?
- LEONARDO. — Razones de suprema delicadeza... razones de conciencia me movían á encerrar nuestro amor dentro del puro pensamiento escrito.
- BÁRB. — Tus cartas, sobre todo las últimas, me revelan exaltación, desvarío, una tristeza fúnebre...
- LEONARDO. — Las tuyas me han revelado una turbación hondísima; miedo á la verdad, Bárbara; á una verdad funesta que ni yo ni tú osábamos mencionar por escrito. Ya es tiempo de que abordemos, así... así... tu rostro frente al mío; mis miradas cruzadas con las tuyas, el espantoso infortunio que nos ha traído la Fatalidad.
- BÁRB. — (Con grande aliento.) Sí, Leonardo mío: pon frente á mí la verdad que estremece y anonada. Acúsame... Aquí me tienes... De tí acepto el fallo terrible... el castigo si es menester.
- LEONARDO. — ¡Si te acuso menos de lo que crees! ¡Si no te condeno!... En rigor, no debo condenarte.
- BÁRB. — (Con espontaneidad repentina y seca.) ¿Cómo lo supiste?
- LEONARDO. — Enterado del suceso mucho antes de salir de Albania, no necesité más para tener exacto conocimiento de todo... de todo, amada mía... ¿No sabes que yo te llevaba en mi alma, que tus sentimientos eran los míos, tus ideas mis ideas?
- BÁRB. — Del mismo modo te llevo yo á tí en mi alma... ¡Siempre conmigo, Leonardo... siempre tu pensamiento en el mío!
- LEONARDO. — Mi voluntad en tu voluntad. ¿Qué mejor explicación puedo darte de que yo adivinara...? Separados estaban nuestros cuerpos. Nuestras almas, comunicadas y regidas por efluvios misteriosos, formaban un alma sola, y de todos sus impulsos, de todos sus actos, eran igualmente responsables. ¡Si

la tragedia estaba en mi voluntad, cómo no adivinar la tragedia!

- BÁRB. — (Con estupor, viendo venir la idea.) Pero... no pensarás que...
- LEONARDO. — Culpable fuiste... yo lo fui más.
- BÁRB. — (Espantada.) No, no... tú no.
- LEONARDO. — ¿No te acuerdas, amada mía? El día anterior á tu delito nos vimos en el pórtico del Teatro griego, al caer de la tarde. Noche serena descendió sobre nosotros, rodeándonos de soledad y misterio. Habló nuestro amor saltando de labio en labio.
- BÁRB. — Habló nuestro amor, declarando su pureza inmaculada... (Nerviosa, se levanta.)
- LEONARDO. — Mientras existiera entre nosotros la barrera del honor, del deber...
- BÁRB. — Sí, sí... y nombramos al monstruo, y yo dije...
- LEONARDO. — (Vivamente los dos, quitándose uno á otro la palabra de la boca.) Fui yo quien dijo: «Es preciso matarlo.»
- BÁRB. — Yo, yo lo dije antes que tú.
- LEONARDO. — No, no: yo fui el primero que expresó la idea terrible... yo, yo.
- BÁRB. — Falso. Recuerda bien. Yo dije esto: «¿Para qué viven los que en la tierra no producen ningún bien, ninguna alegría?»
- LEONARDO. — Y yo contesté: «Deben morir, deben perecer.»
- BÁRB. — Pero no dijiste que se le matara.
- LEONARDO. — Sí, lo dije.
- BÁRB. — No, no.
- LEONARDO. — Lo dije con toda el alma. Mi ciega pasión anhelaba destruir todo obstáculo.
- BÁRB. — No, mil veces no. Yo fui quien habló de muerte. Aquí está mi memoria para dar testimonio...
- LEONARDO. — (Con solemnidad.) Aquí está mi conciencia, que con voz clara y terrible me dice que fui el verdadero matador de Lotario.
- BÁRB. — (Protestando airada.) Falso... No es verdad.
- LEONARDO. — Un espíritu dueño del tuyo, dueño también de tu voluntad, dió el impulso á tu mano.
- BÁRB. — Pero ese espíritu no pudo ser el tuyo. (Con gran ternura.) Tú eres generoso y bueno...
- LEONARDO. — (Con intensa melancolía.) Pongamos en nuestro amor la piedad que uno y otro merecemos... Soy criminal... Por criminal me tuve al conocer la muerte de Lotario; y cuando volví

de Albania y pisé tierra de Sicilia, los remordimientos encendieron en mí las llamas del Infierno... Luchaban mi amor y mi conciencia como fieras incansables, á cual más iracunda... En mi soledad, tu imagen bella no me abandonaba... Te veía sumisa, triste, menos culpable que yo, mucho menos... pobre mujer, débil y amante, que obedecías por exaltación de amor el mandato mío. Del fuego de ese amor me valí yo infamemente para encender en tí la llama del delito... Matarle yo por mi propia mano siempre habría sido acción criminal, pero en algún modo noble, caballeresca... Pero incitar al crimen á la mujer amada... ¡oh, cobarde, villana acción! No, no puede ser... El hombre es el que mata... la mujer nunca.

BÁRB.—¡Oh! calla, calla, por Dios: ten piedad de mí. Recobra tu serenidad, recobra la paz de tu alma.

LEONARDO.—Ya estoy sereno, ya... Recobro la paz de mi alma entregando mi vida miserable á la justicia humana.

BÁRB.—¡Entregarte tú... inocente!

LEONARDO.—(Con exaltación.) He faltado al honor, he atropellado las leyes del honor que mi padre grabó en mi alma... He pisoteado la ley cristiana que me enseñó mi santa madre... Abrazado á la memoria de aquella mujer de inmaculada virtud, he podido buscar y hallar en la fe religiosa el consuelo de mi espíritu y el alivio de mis tormentos.

BÁRB.—(Consternada, echándole los brazos al cuello.) Por Dios, Leonardo, vuelve en tí; despierta de ese horrible delirio...

LEONARDO.—Yo no deliro, amada mía.

BÁRB.—¡Acusarte tú, Leonardo!... No puede ser, no será... no lo consiento.

LEONARDO.—(Con firme convicción.) Debo y quiero hacer por tu alma y la mía lo que hizo Cristo por toda la Humanidad.

BÁRB.—Padecer.

LEONARDO.—Padecer y amar... todo es lo mismo.

BÁRB.—(Apartándose de él.) ¡Ah! Ya olvidaba que eres español, de esa raza de hidalgos extravagantes, enloquecidos por la leyenda caballeresca; de esa raza en que hombres vigorosos se lanzan á ideales batallas contra enemigos imaginarios, y consumen su vida en ensueños de perfección ó de santidad insana.

LEONARDO.—Caballero soy, caballero cristiano, y como cristiano y como caballero he de restablecer en el altar de mi alma lo que villanamente arrojé de él: el Honor y la Fe.

BÁRB.—Pero no harás lo que has dicho. Acusarte no.

LEONARDO.—Mi resolución es inquebrantable. No te obstines en disuadirme de ella.

BÁRB.—No lo harás.

LEONARDO.—Lo haré: tan cierto como nos alumbró el sol.

BÁRB.—(Afligida, desesperada.) No me amas, no me has amado nunca.

LEONARDO.—Con loca pasión te amé. Quiero reanudar el vínculo de amor en mejor espacio...

BÁRB.—¿Dónde?

LEONARDO.—Allí donde sin sombra de mal alguno pueda el amor nuestro ser divino, inefable.

BÁRB.—Divino, inefable, puede ser aquí. (Le abraza, queriendo conquistarle por la ternura y la pasión humana.) Idoló ingrato... ¿no te halaga la idea de pasar junto á mí toda la vida que nos resta? ¿Tan poco vale esta mujer que no la sobrepones á tu loca idea del Honor y de la Fe?... ¿No me ves? ¿Mi rostro, mi aliento, la luz de mis ojos, no son nada para tí?

LEONARDO.—(Dejándose vencer por un instante, como si cediera á los halagos de ella.) Encanto mío, ilusión mía: tu rostro, tu aliento, tu mirada, son toda la Naturaleza, son toda la vida terrenal... son... (Rechazándola de improviso.) No, no... Yo quiero para los dos vida más alta.

BÁRB.—Fundémosla en nuestro amor, en nuestra unión eterna... Huyamos.

LEONARDO.—(Con bravura.) ¿Huir yo? ¡Qué locura! Soldado, jamás volví la cara al peligro; pecador, miro con semblante sereno la expiación que Dios me envía.

BÁRB.—(Con más energía.) Huyamos. (Le coge de un brazo; quiere llevarsele.)

LEONARDO.—Imposible.

BÁRB.—Salgamos sin que nadie nos vea.

LEONARDO.—No. (Forcejean.)

BÁRB.—Yo lo quiero, yo lo mando. (Aparece Horacio en la puerta de la izquierda, segundo término.) ¡Horacio!

## ESCENA XI

Los mismos.—HORACIO.

HORAC.—Perdonadme, señora. Vengo á cumplir un deber de justicia.

BÁRB.—Bella y soberana es la justicia cuando practica la divina ley.

HORAC.—Vos amáis la ley.

BÁRB.—Tanto como temo á los ciegos que la ejecutan.

HORAC.—Indagaciones recientes nos han revelado al matador de vuestro esposo. Capitán, sois culpable.

LEONARDO.—Vos lo decís y basta.

BÁRB.—Falso, falso... Yo soy la única culpable.

HORAC.—Señora, por salvarle os acusáis... ¡Hermosa abnegación!

BÁRB.—No es abnegación... es la verdad.

LEONARDO.—(Con entereza.) La verdad he dicho. El culpable soy yo.

HORAC.—Os creo, Capitán; creo en vuestra culpa.

BÁRB.—(Consternada, suplicante.) Horacio, compadéceme. Quiero su libertad, la pido, la reclamo.

HORAC.—La tendréis... Calmaos. Soy vuestro mejor amigo. Confíad en mí. (A Leonardo.) Daos preso. (Leonardo saca su espada para entregarla.)

BÁRB.—(Con grande aflicción.) ¡Quiero su vida... que es mi vida!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

*Explanada entre el palacio de la Intendencia y el jardín de Horacio.*

*Dan sombra á la escena corpulentos pinos, que se extienden hasta un término lejano formando bosque.—A la izquierda, la Intendencia, de estilo Renacimiento, con pórtico saliente y doble escalinata: una de las ramas de ésta se desarrolla frente al público. En primer término, junto á la Intendencia, un edificio estrecho, de estilo normando, con una sola puerta, reforzada de hierros: es la cárcel.—A la derecha, en un muro adornado con bajo-relieves de la antigüedad helénica, la puerta del jardín de Horacio. Rosales trepadores plantados dentro extienden sus ramas floridas por el caballete.—Hacia el fondo, á la derecha, en una clara del Pinar, se ven las ruínas del templo de Ceres.—A mayor distancia, por entre los troncos de pinos, se divisa la ciudad de Siracusa, y tras ella una faja de mar.—En primer término, frente al jardín de Horacio, un banco de piedra. Es pleno día.*

## ESCENA PRIMERA

SILVIO, EL CONTADOR DE LA INTENDENCIA, EL COMISARIO DE MONTES, EL VISITADOR GENERAL, que salen del palacio de la Intendencia; después ESOPPO. Oyese rumor lejano de alegría popular.

CONTADOR.—(Mirando á la ciudad.) Veloz como el rayo corre la noticia por toda Siracusa.

COMISARIO.—Y según el parte, fué la más descomunal batalla que ha visto Europa.

SILVIO.—Feroz pelea entre titanes.

VISITADOR.—Repetid, querido abate, pues ya lo olvidé, el nombre de ese pueblo glorioso.